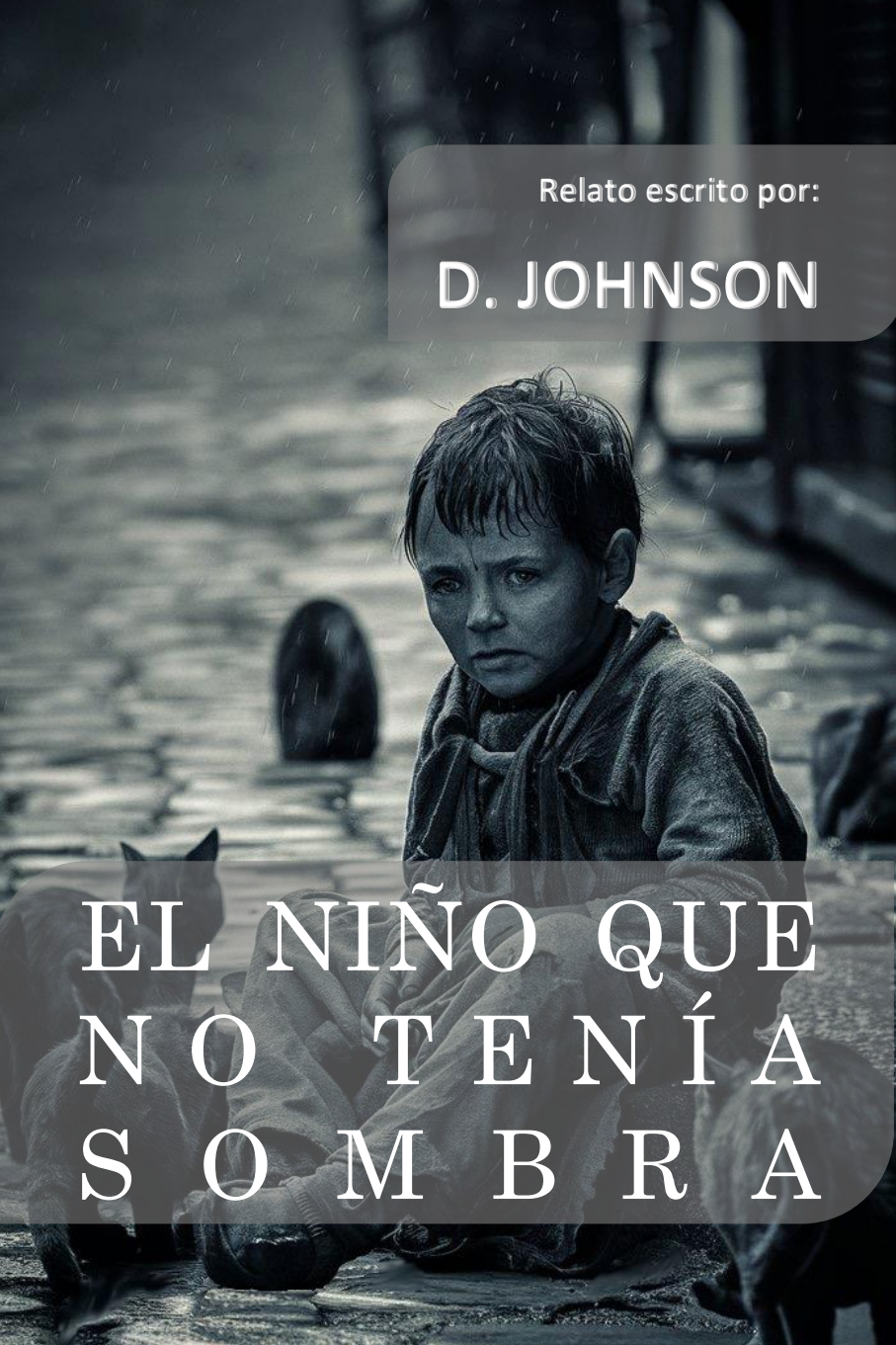




Relato escrito por:

D. JOHNSON

EL NIÑO QUE NO TENÍA SOMBRA

EL NIÑO QUE NO TENÍA S M B R A

Un relato escrito por:

D. Jonhson

«Algunos derechos reservados: Se permite el uso gratuito de la obra en las condiciones descritas por la licencia: Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0

Quedan prohibidos, los actos que no estén dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos. La modificación total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o venta sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos».

Depósito legal, licencia Safe Creative:

“El Niño que no tenía sombra”

12/04/2024 **2404127632898**

EL NIÑO QUE NO TENÍA S M B R A

”Entre búhos, lechuzas, sapos y brujas, demonios, duendes y diablos, espíritus de las vegas llenas de niebla, cuervos, salamandras y hechiceras, rabo erguido de gato negro y todos los hechizos de las curanderas...”, como reza el ritual que flamea épico en la pota de barro. También matorrales de aulaga, espinillos, zarzas y pinos, entre estos mimbres nació el decimoséptimo día del mes de julio del año 29, en Cangas do Morrazo, Pontevedra.

Además de mi madre y un matarife de cerdos, me vio nacer un pueblo marinero bañado por las turbias aguas de las *Rías Baixas*, al suroeste de estas tierras gallegas. Lugar donde se esconden esas *meigas, bruxas e curuxas* del conjuro, pero también taguán de sectas satánicas secretas. Todavía hoy recuerdo con estupor, algunos vecinos de la villa poseedores de una mirada trastornada y penetrante capaz de helar el pensamiento a propios y extraños.

El ulular de las lechuzas retumba en mi cabeza cada vez que la noche me atrapa. En solitario discurre mi vida nocturna tumbado en una pequeña cama de forja,

esperando a que la luz del día me despierte. Invoco pesadillas en mi mente cada noche, proyectando imágenes de una infancia que transita por un estremecimiento permanente. Calles húmedas y rancias, flanqueadas a diestra y siniestra de piedras ancestrales, heladas y grises, acompañan mi efímera niñez. Asfixiantes olores a orín y heces, hedores que se evaporan y van integrándose en el ambiente a los que mi pituitaria nunca acaba de acostumbrarse. Todavía hoy me despierto en mitad de la noche entre sudores fríos y podredumbre invisible.

Dicen los más ancianos del lugar, aún más que yo, que estas raptaban algunos de los niños y niñas más pequeños que, por su inocencia intacta e incólume, resultaban ideales para ejecutar solemnes ceremonias de magia negra.

Muchas de ellas se reunían en pinares no muy alejados de la villa, pero ocultas al populacho en discretos claros camuflados por las inquietas sombras que proyectan los árboles en la noche, entre la espesura, siempre acompañadas de la luz de la luna llena y de las crepitantes estrellas, danzando y cantando conjuros y maleficios en torno a grandes hogueras.

En realidad no sé porqué no recuerdo esta información, quizás me lo contó mi *avoa*, o tal vez yo mismo he sido espectador clandestino del calor desprendido por alguna de esas brasas. Las marcas de mi piel son testigo mudo de esto que cuento.

La brisa y la niebla fresca transportaban el dulce olor del romero, enturbiado por la fetidez del azufre que emanaba del sudor de esos encuentros clandestinos. Nunca se anunciaban, pero todas ellas sabían cuándo y dónde iba a producirse el siguiente encuentro. La creencia popular piensa que sólo se reúnen un día al año, el 31 de octubre, víspera de "*Todos los Santos*", pero nada más lejos de la realidad, igual que tú comes, bebes y respiras a diario, ellas hacen lo propio en menor o mayor medida para celebrar sus aquelarres.

Extraían alguna de las vísceras de los pequeños, para enriquecer sus pócimas, y saciaban su sed con la sangre virgen que instantes antes corría por sus venas. Los secuestraban para alimentarse de su espíritu, utilizaban sus entrañas para dar sabor a sus caldos y potenciar sus conjuros, arrebatan sus almas. A los menos afortunados los soltaban con vida, pero no sin antes habiendo extirpado sus sombras para siempre. Estos debían ocultarse de las luces, como si fueran leprosos, para evitar ser señalados por las calles de la villa. Pero no toda esa liturgia vestida de misterio era magia negra.

Me bautizaron con el nombre de Silverio, Silverio Mejías. Era un nombre bastante común por estos lares en aquellos tiempos, cuando la gente todavía paría en los corrales, donde el infeliz caía a plomo sobre la mierda del cerdo que tan gustosamente iban a ejecutar ese mismo invierno.

Irónicamente, la llegada de una nueva vida iniciaba la cuenta atrás de la desaparición de otra. O tal vez, en el mejor de los casos, el alumbramiento ocurría en la cocina de sus casas.

Yo tuve la suerte de nacer en la mía, los hospitales eran edificios frecuentados por unos pocos "privilegiados". Había que pagar para que alguien tirara de tu cabeza con cierta pericia aprendida, y poder así sacarte de la comodidad y calidez que te proporcionaba del vientre de tu madre.



La semilla del miedo germinó precoz en mi interior.

Antes de dar mis primeros pasos ya podía notar como me perseguían las sombras. Se movían anónimas por toda la casa, raudas y ágiles, sigilosas. Diminuto e indefenso, era un succulento y tierno bocado para quienes adoraban al gran señor del averno. Sangriento pero sabroso.

Cada vello de mi cuerpo se estremecía, mi piel se tornaba de gallina, mi redondeada y rosada cara se desencajaba y mis ojos claros, abiertos de par en par, se movían sin ton ni son a un ritmo espasmódico buscando qué o quién se ocultaba a mi curiosa mirada de niño. Estaba tan asustado que incluso buscaba refugio detrás de un insignificante lápiz, uno como este que sostengo en mi mano y escribo estas palabras. Prefiero el lápiz

porque puedo deshacer aquello que no me gusta, todo aquello que me da miedo.

Hecha de lino, aunque mantiene el brillo original, es incapaz de ocultar las asperezas que el tiempo labra en la tela, y con aquellos antiguos botones de hueso de vaca, me agarraba a la inmaculada blusa blanca de mi madre con tanta fuerza que le resultaba casi imposible soltarme en mi pequeño catre, casi una cuna, transito esta de una cama aún mayor, la de mi hermana.

Madre dependía de padre prácticamente para todo, a pesar de que ella gestionaba la exigua economía familiar, le pedía permiso hasta para empezar a andar. Padre era un hombre corpulento y rudo, trabajaba en la ría desde que asomaba el primer rayo de sol hasta que el gran azul engullía el último de ellos. Se esforzaba mucho y aun así a duras penas nos alcanzaba para sobrevivir, recuerdo con pesadumbre aquellos días en los que me tocaba mendigar para comer.

Todavía hoy me despierto en medio de la noche intentando esquivar la memoria, que aunque marchita y difusa, sigue discurriendo por el surco que dejó esa huella del pasado.

Parte de la comida que engullíamos a diario provenía de los vecinos que trabajaban el campo que, a cambio de otros favores, nos la proporcionaban con gusto. Era el generoso mundo del trueque que el capitalismo se encargó de enterrar para engordar los

bolsillos y las tripas de mentes hipócritas, esclavas del terciopelo, la vicuña y grandes puros que hinchaban sus cachetes en cada calada. De majestuosos *halls* de mármol portoro y carrara entremezclados con delicioso gusto, repleto de absurdos brillantes que parecían caer llorando desde el techo como gigantescas cascadas. A los flancos, adornando mesitas de oropel, delicados huevos Fabergé ordenados de manera exquisita.



Acababa de cumplir los ocho cuando estalló la guerra civil. Aunque era espabilado, como la mayoría de niños de esa época tuve que madurar pronto, con mucha dificultad podía entender lo que estaba pasando entre mis iguales, y el porqué de que la sangre de alguno de mis vecinos manchaba ahora la tierra que nos vio nacer. Parece increíble que España siga entera después del paso de los siglos.

De la noche a la mañana, algunos de mis amigos dejaron de serlo. Pasaban por mi lado junto a sus padres y ya no me saludaban, no me hablaban, no querían jugar conmigo, ya no intercambiábamos esas risas inocentes ni miradas cómplices. Podía observar como sus mayores les sujetaban la cara con una mano, para detener esa irrefrenable tentación de mirarme, a la vez que aceleraban el paso. Pensaba que era por mi "pequeño defecto" que me hacía diferente a ellos, nunca imaginé que en realidad era por mis padres. Con el transcurso de los años sigo sin entender porqué la ambición humana es

capaz de convertir a tus hermanos y amigos en enemigos, paso previo a convertirnos a todos en asesinos.

Mi padre era republicano. Si conoces un poco la historia de España, ya sabéis lo que eso implicaba. O pertenecías al bando nacional o eras republicano, azul o rojo, no había medias tintas.

"Por ahí va el rojo", decían los que ayer eran sus amigos, señalándolo con el dedo acusador, revelando así su funesto destino.

Pero no fue el territorio el que se dividió en dos, sino sus pensamientos, sus emociones, su forma de expresar y entender el miedo. La poderosa máquina de propaganda bélica manejada por los poderes fácticos, políticos y el ejército, se encargó de hacer el resto. Una fina línea marcada en el suelo de la era con un bastón de mando los separaba. Unos a un lado, los otros al otro.

Tan pronto había una revuelta, como se manifestaban unos pocos transeúntes descontentos en la plaza del pueblo, frente a la iglesia o frente a tu propia casa. Nada era amistoso, la Parca, guadaña en mano, rondaba cerca, aguardaba paciente su recompensa. Siempre tan democrática, no le importaba el color de tu alma.

La niebla tensa se había convertido en algo habitual que recorría el empedrado cada madrugada. Las calles del pueblo se habían transformado en un camino sin retorno donde ya no había amigos.

Tu vecino te vigilaba, y si no era capaz de pasar tu cuello a cuchillo o pegarte un tiro por la espalda, dejaba de prestarte auxilio y empezaba una injusta penitencia que te obligaba a morir lentamente de hambre. Entonces te arrastrabas hasta su puerta pidiendo clemencia para ser ejecutado, y que no dejase que hicieras el camino de vuelta hasta tu maltrecha casa.

A mi padre no le pasó.



Aquella parecía una fría madrugada de un invierno cualquiera, pero la realidad fue otra. Llegó hasta nuestra puerta una visita, inesperada para mí, no así para padre, pues sólo era cuestión de tiempo. El viejo reloj de pared ya había estado cocinado a fuego lento ese momento marcando las horas con un *gong*cada vez más potente, explosivo y atronador.

Esa noche cenamos caliente. Mamá preparó una rica sopa de casquería, tocino magro y un par de trozos de una gallina vieja que acompañamos con chícharos y unos mendrugos de pan duro. Al acabar me acompañó a la cama donde, recostado sobre la pared que guardaba mi cabeza, me tomé un buen vaso de leche caliente. Luego me arropó, apretó fuertemente las mantas a mi costado y me besó. Antes de levantarse tomó el vaso vacío y luego marchó despacio, dejando la puerta entornada. Yo hice lo propio con mis ojos, pues aún me costaba cerrarlos.

Unos pocos minutos más tarde vino padre, me besó en la frente y me arropó de nuevo, igual que lo hizo madre. Realizó el camino de vuelta con mucho sigilo, pensando que yo ya dormía. Con suma delicadeza cerró la puerta tras de sí. Yo continuaba despierto, aunque mis párpados ya me empujaban al sueño. Me aterraba la noche. Mis padres colocaban una minúscula vela que mantenía la estancia en penumbra hasta que esta se consumía por completo y se apagaba. Normalmente, cuando esto ocurría, yo ya hacía rato que dormitaba.

Poco más tarde, la luz cegadora de un potente rayo y, tras este, un trueno ensordecedor, me despertó sobresaltado. Yo, hiperventilaba y un sudor frío helaba mi frente. La noche se cerraba hermética sobre Cangas, arreciaba tormenta.

En ese mismo instante, una patrulla de cuatro soldados nacionales golpearon la puerta con insistencia. No hubieran sido necesarios tantos golpes, por aquella época nunca se cerraban las puertas con llave, no cabía lugar para la maldad en el corazón de aquellas gentes.

Los mismos golpes destrabaron la puerta, que se abrió con tanta fuerza que clavó el picaporte en la pared arrancando el húmedo revestimiento de cemento y el encalado. Todavía se puede observar en ella un pequeño agujero setenta años después.

Padre, nunca supo esconderse como lo hacen las brujas, maestras en el mimetismo social, camaleones de las fragas gallegas. Parecía tener noticias de la visita. Les esperaba calmado, sentado en su silla de enea frente a la

mesa camilla retando a la puerta, ese era su sitio. Las piernas permanecían ocultas bajo la enagua a pesar de que el brasero ya estaba apagado. En su mano izquierda medio vaso de orujo. Su costumbre era beberlo sorbo a sorbo, muy despacio, le duraba horas y horas, hasta bien entrada la madrugada.

Dos de ellos accedieron a la casa, los otros dos vigilaban la tenebrosa callejuela envueltos en una niebla baja que hizo presencia a pesar de la llovizna. Esta cubría la caña de sus botas negras de cuero, serpenteando entre sus piernas. Junto a ellos, pegados a la pared, cabizbajos, otros dos vecinos de calle abajo, mal vestidos, zarrapastrosos y con parte de la ropa hecha jirones, acompañaron a la patrulla en mangas de camisa. Tiritaban, no sé si era por el frío o por el miedo, probablemente una combinación de ambos. Pero podía oír desde mi cama como el castañeteo de sus dientes rompía el atronador silencio de la madrugada.

Decidí salir de mi habitación, temeroso. El miedo anidaba en mis piernas y casi no podían sujetar mi cuerpo, pero había aprendido del felino sus andares sigilosos. Me oculté con facilidad, como un pequeño fantasma, agachado tras el aparador donde madre guardaba el pan y la vajilla que sacaba un par de domingos al año.

Gran parte de mi pasado había sido cómplice de mis habilidades. Años atrás yo había desaparecido por unos días, coincidiendo con un evento astronómico

inusual, el solsticio mayor, que tiene lugar cada dieciséis años y medio. Quizás ese sea el motivo por el que todavía estoy vivo.

Dicen que los "sin sombra", así nos llamaban a un puñado de niños, nunca llegan a la adolescencia. Tal vez yo sea especial y nunca lo averigüe; un fantasma, un duende, un brujo, o un druida. Los druidas no tienen dogmas que los gobiernen, quién sabe. Sin duda yo era diferente a los demás.

Me encontraron, desnudo y aturdido, desubicado, en una pequeña ermita abandonada que hay cerca de la *Pedra Conde de Aldán*, en el conocido bosque encantado. Nadie entraba allí solo, nadie entraba allí de noche. Mis clisos claros eran aún más claros, mi iris casi se confundía con el blanco de mi esclerótica desde aquel suceso. A esa tierna edad ya me habían despojado de mi sombra, y también se apropiaron del color de mis ojos. Mi mirada curiosa de niño había desaparecido.



Aquella noche me vino bien. Un niño sin sombra se esconde con más facilidad, aprendemos a movernos en la penumbra como sigilosos gatos. Las luces claras no desvelan nuestra posición.

Era un escondite casi perfecto.

Mi cuerpo menudo, agazapado detrás de aquel mueble, tras la penumbra que proyectaba la luz del candil al intentar atravesarlo. Tenía una visión perfecta del salón, parecía que estaba viendo una película desde dentro.

"¡Rojo, levántese!, vamos a dar un paseo", ordenaron de manera tajante.

Padre susurró con la mirada fija en su vaso: "la muerte es algo que siempre dejamos para el final." Después sonrió a los imaginarios regalándoles una irónica y misteriosa mueca.

Escondido, miraba la escena con perplejidad. A pesar de tener a padre de espaldas, podía mirar fijamente a sus ojos, los veía reflejados en el orujo que quedaba en su vaso. No había miedo en ellos, sino paz. Me sentí reconfortado.

¿Por qué parecía sentirse tan seguro padre?, ¿acaso no era uno más entre nosotros?

A pesar de que los uniformados le dijeron que no saliera de la habitación, madre no obedeció y salió a llorar a los azules. Se arrodilló a sus pies, abrazando sus piernas como si fuera un cepo para osos, y besó sus botas embarradas pidiendo clemencia. Recuerdo que madre siempre me decía que los pobres somos los que llenamos el mar gracias a nuestras lágrimas, nosotros somos pequeños, insignificantes, pero el mar es algo grandioso.

Sus lágrimas marcaron el cuero sucio deslizándose hasta el suelo dejando entrever el color negro del betún a través del barro. Como un acto reflejo, el infeliz movió su pierna con brusquedad para zafarse de la presa. Al ver que madre no cejaba en su empeño, el compañero la golpeó con fuerza con la culata del fusil en la cabeza, abriendo una pequeña brecha por la que empezaba a salir la sangre roja de una reina, dejándola inconsciente. Tendida sobre el firme yacía dolorida. Desde mi posición podía observar como se abría esa pequeña brecha en su frente, se hacía más grande y comenzaba a brotar un manantial de terciopelo color burdeos.

Me estremecí de nuevo y apreté los ojos con tanta fuerza que me dolían. No salí de mi escondite para defenderla, en su lugar me enrollé como un bicho bola para hacerme más pequeño. Y lo conseguía, cada segundo que pasaba yo era más y más pequeño. Nadie podía verme. Un niño minúsculo en comparación con aquellos gigantes ogros con armas.

Floreció de manera instantánea la primera reacción de padre que, henchido de rabia, como un resorte procuró abalanzarse sobre este último. Una bayoneta semihundida en su pecho descubierto le detuvo, sin llegar a romper la piel. "Adelante valiente, adelante", le gritaron, "dame un buen motivo, alégrame la noche, galán".



Se lo llevaron a *hacer el paseíllo*, en un largo y noctámbulo trayecto del que nunca se vuelve.

A la luz de una luna menguante que aún iluminaba los campos y se peinaba en los ríos, encabezaban la marcha junto a sus sombras acompañando a los centinelas que, fusil en mano, marcaban sus culatas en las espaldas como si fueran ganado. Maniatados, con paso lento, arrastrando los pies descalzos por caminos de tierra y piedras hasta llegar a las cunetas más recónditas, escoltados por el silbido sinfónico que produce viento al danzar con el trigo. Allí donde las identidades de las personas desaparecen tras la hora más oscura, justo instantes antes del amanecer.

A día de hoy hace mucho tiempo que madre murió. La pena penetro en ella como un cáncer y fue consumiéndola poco a poco. Un niño sin sombra no era capaz de llenar el vacío que su padre dejó.

Padre y madre tenían nombre, pero al igual que mi sombra ya los he olvidado. He olvidado sus abrazos, sus gestos, sus caras, sus caricias y sus olores. Incluso hace mucho tiempo que olvidé también su silueta.

Yo continuo sin encontrar mi sombra. Ni siquiera las arrugas de mi cara tienen sombra. Me toco y mis dedos son capaces de rellenar los surcos que hay entre ellas, estos parecen tener luz propia. Evito mirarme al espejo por que ya casi no puedo reconocer mi reflejo.

Rumi decía, "lo que buscas te está buscando a ti", quizás no me encuentre porque sólo salgo de noche y por la noche, y amigos míos, todos los gatos son pardos y se confunden cuando comienza el crepúsculo...

...tal vez haya llegado el momento de acompañar al sol, tal vez mañana me muestre por el día. Hasta que me decida vagaré noctámbulo en soledad, con la única compañía de las estrellas, y de la luna, cuando ella quiera.

Todavía me siento joven y vital, a pesar de que la muerte parece llamar a mi puerta a diario. Mi vitalidad mental no evita que sienta una enorme presión en el centro del epigastrio, igual que un potente puñetazo que te lleva al vómito sin remedio, es la dura sensación de que pronto se acabará mi historia sabiendo que voy a morir sin encontrarla.

Todas las personas grandes hemos sido niños antes, pero es algo que se olvida muy deprisa. Es cierto, yo lo olvidé, igual que el hecho de que antes tenía una sombra.

Sentado en mi vieja silla de enea, casi tan vieja como yo, miro cara a cara a un Atlántico que se muestra bravío, profundo y casi infinito. Esperando a que mis recuerdos lleguen antes de que lo haga el barquero.

Un anciano de melena clareada y canosa, larga barba blanca, pálida tez y grandes arrugas que ocultaban sus pequeños, pero aún visibles ojos verdes, me contó una vez que en la vida sólo hay dos tipos de persona, viejos y locos.

Si llega ese día en que mi memoria recupere, espero ser sólo un loco y no demasiado viejo para contarlo.

Continuará...



...o quizás no.